

CUADERNO DE INDIGENCIAS

JOSÉ ÁNGEL CADELO



Presenta José Ángel Cadelo en esta edición tal vez lo mejor de su producción poética de los últimos tres años. Creo apreciar por vez primera un libro perfectamente cerrado y rotundo donde los amaneceres en otro idioma, los puestos fronterizos y los amores de carretera se agrupan para explicar una verdad enorme que da sentido a su obra y –creo- también a su vida. No se trata sólo de un álbum de fotografías de los momentos más exóticos o las experiencias menos repetibles; el conjunto de poemas que integra *Cuaderno de Indigencias* es una escena de su tiempo, una ventana abierta que permite al lector asistir al espectáculo íntimo del autor en soledad. Hallo aquí además una mezcla extraña y nueva en la poesía española contemporánea: el asunto propio de la filosofía, abordado con tal trabajo que llega a parecer sencillo, junto a la curiosidad total por las cosas del mundo, manifiesta en esa apreciación material de los detalles del paisaje íntimo o exterior. Por eso quizá la poesía de Cadelo produce un cierto vértigo: el vértigo de ese empujón al abismo de la verdad y la ciencia. Sólo es un leve empujón, pero suficientemente grave para que el lector confirme que se encuentra ante un trabajo estético pero absolutamente intelectual y hondo.

Desde la primera hasta la última página de *Cuaderno de Indigencias* consigue el autor sumergirnos en un mundo sensitivo, lleno de color y de sombras, feliz, dañino y frágil. La poesía de Cadelo cuenta cosas y dice lo indecible sobre los rincones más escondidos de la conciencia. Amor y desamor, certezas y miedos, derrotas y triunfos, incógnitas, recuerdos y cosas que no se entienden bien: poesía, en definitiva, o vida (como se quiera llamar).

Juan Antonio Andújar Hurtado
Cartagena de Indias, 2002



INSTITUTO DE ESTUDIOS CAMOGIBALTAREÑOS



CUADERNO
DE
INDIGENCIAS

JOSÉ ÁNGEL CADELO

1ª Edición de 400 ejemplares
Serie Creación

Ejemplar N° _____
[EDICIÓN DIGITAL DEL ORIGINAL IMPRESO - IICG, 2022]

EJEMPLAR GRATUITO
PROHIBIDA SU VENTA

DISEÑO Y MAQUETA: RAFAEL GARCÍA VALDIVIA

EDITA: INSTITUTO DE ESTUDIOS CAMPOGIBALTAREÑOS – IMPRIME: IMPRESUR, S.L. – ALGECIRAS (CÁDIZ)
DEPÓSITO LEGAL CA-401/02

PRÓLOGO

Daba un color verano
la paz de lo inminente a todo aquello,
que tú no merecieras un futuro, que bastara un
paseo,
que fingiera enfadarme.

("Hotel Lisboa", dijo, y parecía verano)

Luego, confidenciales, nos contamos
lo que no ha de contarse
y sucumbimos a un frío (un frío de terrazas)
porque no era verano.

Al fin, sobre una roca ennegrecida
de mareas y cenizas,
no queriendo mirarnos, abrazados
y con la lentitud del homicida,
frente al Hotel Lisboa
se eternizó el invierno.

BALANCE DEL ÓXIDO

POÉTICA

Hay una enorme lógica en todo; en los pueblos que he visto, un equilibrio, a veces tan vulgar; en mi vida de grumos, unas claves inciertas. Pero aún amanece torpemente y, como siempre, yo sigo emborronando cuartillas con rencores que, así, pasan a ser inexplicables.

AMANECER INDIGENTE

La mañana es viento.

Sólo así me tienes ante tu puerta, convertido
en una especie de los abismos –la humedad me hielos los pies,
qué lugar es este–.

Nada importan nuestras lenguas, pero date prisa
que en unas horas volveré a estar sobrio.

MUSEO DE HISTORIA

Ignoro cómo llaman los hombres a este cerro calvo
o a esta torre donde he llevado tu cuerpo, que es anécdota,
de manos pequeñas y traslúcidas
-haz un acto supremo de justicia: golpea la Historia,
envíala al infinito-.

CONTABILIDAD

A qué tanto pasado, tuyo y mío, tanta historia en objetos enmohecidos;
un billete de tren que te llevó con quién a dónde, la huella
/ de un cadáver
de pétalos en la página treinta. A qué tanta sombra infiel y polvorienta
que, cuando se aproxima, es sólo para deshacernos el balance.

ACTA

Hemos abierto un mapa tantas veces, sobre la alfombra, y he bajado el volumen de la música. Callados, recorrimos exóticos kilómetros de inerte gris. Tuvimos fiebre y polvo en la garganta, heridas o aguaceros y total, para certificar que detrás de la siguiente curva no estaba tampoco el Paraíso.

AEROPUERTO

Esperabais verme regresar con un mensaje, una lección,
un gesto de profeta o un animal extraño,
y me veis descender, si acaso, más inquieto.
Qué he hecho –preguntáis-:
asesinar una a una todas vuestras ingenuas esperanzas.

OLVIDOS

El sol helado sobre un campo de alfalfa; un pequeño taller de fundición –el único que he visto-; yo, saliendo de clase más temprano, con ganas de tomar una cerveza; una torreta eléctrica ardiendo bajo una lluvia oscura e insistente... No; nada lo he soñado, todo fue: solamente olvidé con quién y dónde, esos detalles.

RECETA

El aleteo que te precede o el movimiento que evidencia tu cintura
(que tuvo que ver con qué órbita incandescente);
tu vientre y alguien que, en el instante, me deletrea;
la lluvia, después, velando tu sonrisa de ámbar y el ingrediente
extranjero de tu voz, el único suero capaz
que, por cierto, produce somnolencia y adicción.

LA CIUDAD

Una ciudad no es nada hasta la muerte.
Un pasaporte cabe en un abrigo. Y llueve.
Una ciudad cualquiera, apenas nada
si nada más que vivos.

PREDECESORES

Esto digo:

mi dirección es inevitable.

Como desde un tren de estepas advierto sombras eficaces
que se alejan, el olor a especia en las cocinas, uniformes de óxido
y un murmullo de maderas.

Pero hubo quien pasó delante, un invierno de animales,
clavando firmemente al suelo los raíles.

BIODIVERSIDAD

Ya tengo en la memoria los conceptos
de una patria pequeña de artesanos,
una hierba descalza y el olor
a limpio de la bruma. En la torre,
un extraño relieve, viejos signos
que encierran
todo lo que nos hace diferentes.

OFICIO DE LA DUDA

VOCACIÓN DE INVIERNO

Yo me hice poeta un domingo
como quien se hace el haraquiri o vegetariano. De repente,
una helada dejó incomunicados varios pueblos
y el viento era tan áspero.
Lo celebramos como correspondía, con mazorcas y vino
y tú, intensamente descalza,
ensayaste para mí un gesto de semilla.

SIERRA MADRE

Tímidamente he salido al centenal y he tomado
un terrón de suelo que, en mi mano, se hizo arena.

El aire helado de la sierra y la sombra de unos pájaros
han traído hasta aquí soledad.

No es racional el miedo, pero esconde la belleza un aguijón
para quien se acerca.

Después, he entrado en la casa y, en el vapor del pan,
me he quedado dormido como un viejo.

CONSEJO

En tardes de lluvia oscurece tan pronto
y emiten los faros del camión chispas de agua;
las farolas, un halo de alfileres;
tu casa, calorías de mantel a más de mil kilómetros.

En los heladeros más altos,
donde no crece el tomillo ni el enebro
y apenas un camino de pizarra, allí
brota el silencio.

Resbalan oscuras las aguas y advierto
un eco prehistórico de insectos,
casi nada.

Camina despacio y procura que no te vea nadie.

ROAD MOVIE

A veces yo no sé dónde se esconde la vida
y salgo a buscarla donde un río
de aguas pulverizadas
o entre la muchedumbre harapienta
de un puesto fronterizo.

Uno olvida la vida al fin, regresa
como un perro de costumbres
y no refiere a nadie estos asuntos.

Pero ha visto el silencio
en el techo del cuarto de un hotel, como un gas
irrespirable y tóxico. Y en una casa enferma.

Y sólo sabe
que nada puede hacer, que ya no es hora
de llamar a tu puerta y despertar a tus hijos
-que tengo el coche en marcha en doble fila
y un plan y el equipaje...-,
que ya no es hora.

JUSTIFICACIÓN

Porque puede que nada de esto sea *la vida*
sino una cosa extraña que la emula y la impide;
y porque
he caminado entre tanques bajo un cielo de sal
o vimos a la lepra con nombre, padre y madre
mientras un aguacero de desastre,
tal vez
me guste al despertar encontrarme un vestido
de noche descansando en una de mis perchas.

HOMENAJE A VÍCTOR BOTAS

Como la rosa índica que en unos días vi,
tornada de mostaza traslúcido, perder
sus pétalos sin ritmo ni humedad y trocando
su otrora delicada fragancia por hedor
a hortaliza podrida hasta quedar inerte
y que al recuerdo trájome un tiempo decadente
de marajás y estanques a ritmo de monzones,
así se va rizando con el paso del tiempo
el carácter del hombre para hacernos, supongo,
a quienes nos quedamos, algo más soportable
la muerte, un poco menos dramática; tan grande
es el misterio de la flor.

EL OFICIO DE LA DUDA

Como hizo fuego quien
hoy no es más que un puñado
de polvo o, acaso, una carcasa de cuero
en la vitrina halógena del British Musseum,
y como hicieron ciscos este pueblo imposible
de niebla y de fracasos,
así
podemos,
con un poco de esfuerzo, hacer silencio
-que ya sería bastante-
quienes nos dedicamos
a este ingrato oficio de la duda.

CONGRESO DE LITERATURA

Yo diría que el azul casi negro
y unas luces que bien podrían ser barcos
si aquello fuera el mar y no la vega,
la oscura vega.

Mira. Aquí todos
guardamos un secreto, uno grande
o de nada,
pero mírame y demórate.

Yo ya no me recuerdo
llegando a una ciudad un domingo a mediodía...
Por esto, ya sospecho
algunas cosas: que sólo he aprendido
a controlar el tiempo y sus banderas,
a ocupar más o menos este cuerpo

(escucha: esta es una manera de decir que me perdones).

TOMAS FALSAS

DESPERDICIOS DE VERANO

Hay un verano en un pueblo de Castilla
y cruces que, intrépidas, pasaban
sobre el arcén camino de unos baños.
Llegó el mar después
con sus arquitecturas. Lo mirábamos.
Nosotros no inventamos su sonido,
sus idas y venidas.

Entre tanto hemos visto un cormorán
solitario posarse en una flota
de palabras. Y eran estas calles
en la noche –escombros de cristales
que evitábamos, una farola malva todavía-
nuestro paseo marítimo.
Hemos tocado fondo, amor, y me has llevado
al tiempo del que quise
sacarte para siempre,
testigo de un fracaso perpetrado.

Ya puedes alejarte con “sigue así, no cambies”
como si fuese *así* algo reconocible.

Mira cómo se borran los hoteles,
cómo se desdibujan
los cuartos que, entonces, llenabas de verano.
Tal vez, tu ingenuidad
sea la única forma de ser libre.

Se ha calcinado el aire
tanto que apenas veo entre cenizas.

Nos queda el alma, siempre:
cuando nos daba igual la amenaza de la vida,
que no nos trató bien,
y ahora.
Nos queda el alma, amor. Nos queda el alma.

PROPOSICIONES HONESTAS

Te enseñaré un río ancho y tupido
del que puedes sacar, con algo de paciencia,
los peces con la mano,
y donde nada tiene
la menor importancia.
Y una carretera de montaña y café,
escenario de muchas tomas falsas
que ya te iré contando en el trayecto.
Verás el colibrí, casi un insecto,
y oirás viejas historias de fantasmas.
Estoy listo hace tiempo. Será todo verdad.
Pronuncia un solo gesto que yo aprecie
-asiente con las cejas, por ejemplo,
o emite una sonrisa
apretando los labios- y mañana,
antes que el sol, saldremos
como dos predadores de sabana.

ADVERTENCIA

Me faltan argumentos
para alcanzar tu playa como un náufrago
o como un navegante de conquistas
que clava en la arena su estandarte
en nombre de un imperio que hace meses
que lo ha dado por muerto.

Yo ya no sé.

La arena nos golpea.
Las pizzas, las películas,
lo más elemental vacilará
y puede que hasta llegue
a tus ojos el invierno..

Verás:
yo soy un reincidente.

Que voy a complicarte la existencia, acuérdate.
Sabrás tarde o temprano de qué hablo;
si no te aviso es porque no vas a hacerme caso
o por si, acaso, me lo haces.

INCONVENIENTES DEL CALENDARIO

Las tardes de setiembre (que es la tarde del año)

M. O.

Como una vieja gloria del boxeo,
es decir, como un hombre abatido,
apenas me sostengo a la intemperie.

Siempre llega setiembre, con su gesto de lunes
y goterones tibios o de barro.

He amado. Amé como se gesta un crimen
con cómplices y guantes.
Hurtamos a la vida algo de su materia reservada:
hicimos escondidos un buen trecho.

Ahora quiero estar solo
porque llega setiembre.
Aunque tuvo el aspecto de la dicha
siempre llega ese mes inabarcable
que es la tarde del año.

Me reconocerás en estas calles:
los poetas no usamos paraguas en setiembre.

INDAGINE A ROMA

Es cuando llega el frío
que te temo;
imito a los humanos,
sus palabras.

Soporto un viento extraño:
a punto habéis estado
de corromperme.

En plazas de palomas
te busco todavía
con desesperación.

Cómo quisimos tanto
o qué fue aquello.

EN ALGÚN LUGAR DE LA PANAMERICANA

Ayer me dolió mucho verte triste
(y era yo la razón),
ver tan quietas tus manos,
como dos yeguas muertas y, en los ojos,
un gesto de indignancia
que parecía mi vida. Me dolió
como una cosa antigua
que llegaba a mi auto un sábado de junio
desde un antepasado y otro sitio.

Nada hablaste.
Ni a los muertos he visto
quedarse tan ausentes.

Yo, en cambio, estaba envejeciendo
y sabía que el mismísimo Dios
iba a arrancarnos algo aquella tarde.

El caso es que jamás
quiero que estés así;
aunque sea necesario para ello
que yo finja que vivo o te ame tanto.

M. C.

Se empeñaba el verano en disfrazarse,
todos aquellos días y los campos
que, pardos, nos siguieron; esa noche
donde decías "no volvamos nunca
a nuestras casas": Granada clareando
al final de la autovía; motoristas,
un locutor hablando de las máximas
previstas para hoy...

tantas cosas y nada.

Quiso el cielo rozarnos un segundo;
nosotros, acercarnos demasiado.

No pude claudicar.
Ya sé que no hace tanto,
pero yo era más joven (puedo verme
en ese amor de clínica incapaz de admitir
que la vida está hecha de cosas imperfectas).

Entraba con su piel reseca la mañana,
con poros como pozos
que no sabría decir. Tuve que irme:
no pude claudicar.
Tú, en cambio, te agarrabas
igual que esos insectos
al limpiaparabrisas
(tal vez hoy todo fuese diferente).
No pude claudicar. No pude y eso es todo.

INDIGENCIA FINAL

MUDANZA

Tendrá un chubasco rápido la noche y una tregua:
la mañana de filos alumbrará un atajo
de helechos y todo será nuevo.
Seré fuerte (porque lo fui otras veces)
y el aire viene fresco y sin memoria.
No me verás partir. Seré irrecuperable,
como el color macizo de este cielo,
sincero.

Despegarán aviones con tus labios
o se repetirán los cuerpos y la niebla.

Volverán a engañarme los deseos
como a todos. Lo sé
pero es definitivo. Marcharé.
Tendré mi territorio
de palabras y dudas
y una casa pequeña
de guayabas.

EPÍLOGO

Acaso José Ángel Cadelo se detuvo
en un bosque hace unos años
y desde entonces. O
era verdad que Indio
galopa todavía entre naranjos
y que un amigo en Bremen
y por eso. Tal vez
aquella piel oscura en otro idioma
de la que nadie supo jamás y sucedió
por culpa de una acequia y un sombrero;
todo lo que os contó sobre el Atlántico,
el germen de la Historia confundiendo a los hombres,
remolinos de hojas y de arena.
Quizá la propia espera: terminales,
andenes y hasta un río
de lluvias; la memoria,
el tiempo consumado.

Ahora mira la bruma
tímidamente, como un animal de pantano,
y extrae algún teorema, poco más.

Saber que no se es nada, la palabra ilegible.

VERANO DEL 99

Julio,
la tarde ya cerrándose,
el mar a ralentí
y, sobre una toalla de telepizza, el mundo:
tú, esa sucesión de aniversarios
aún por celebrar; mis ansiedades,
chocando contra todo
como un rumiante enfermo;
un par de cajetillas arrugadas
y ese tipo –soy yo-,
con un polo naranja,
a quien nunca pondría
delante de una cámara en directo.

En fin,
los ingredientes básicos para el final de otra
de esas tomas falsas a las que ya me tiene
la vida acostumbrado.

Imagino el después y tus preguntas
-ahora lanza el anzuelo un pescador
y viene a mi cabeza una metáfora-,
tu voz entrecortada que contagia la mía,
aquel *yo-ya-sabía*, esa mirada huérfana,
la conciencia de estar contaminando
otra playa de tristeza y esta vocación
de ninot.

Ahora pienso que ni yo
ni nadie deberíamos
hablar jamás de tardes como esta.

DIAGNÓSTICO

Me quedo en casa el sábado leyendo
y subrayando verdades, y me duermo
a eso de las tres con la luz encendida,
las gafas y el sabor a nueces frías
que da la plenitud, la plenitud pequeña.

Me levanto el domingo con la brisa
para desayunar con un amigo
(rebanadas con ajos y café,
total cuarenta duros)
en la Venta El Molino.

Contemplo días después
si cambiar el trabajo
por otro con más tiempo para mí;
si mudarme a las costas de Oceanía
con Bárbara y su gato
a vivir del coral y las especias
(como hizo Jean Michel hace unos años).

Y se van sucediendo las semanas.

Hoy dudo si son cuarenta duros ser feliz
o pasarse la vida persiguiendo
las cosas más difíciles.

PENSAMIENTOS NOBLES

A veces me sorprendo
con pensamientos nobles.
Cuando camino a solas por el pueblo
o recuerdo secuencias de mi vida,
de secretas penumbras de otro tiempo
de lluvias y teléfonos,
ya apenas entristezco
sino que albergo buenos pensamientos
-sobre otros, sobre mí-.

Ya hice casi todas mis tareas
y ahora no soy más
que un testigo bastante satisfecho.

Aunque de cuando en cuando
entre a una habitación
o salga arrepentido,
ya apenas participo: sólo miro
las cosas, a la gente,
y me sorprendo a veces en la calle,
entre los griteríos del mercado,
con pensamientos nobles sobre mí
o sobre otros.

CUESTIÓN FRONTERIZA

Siento que se han quedado
muy lejos mis teorías
y no conduzco ya conversaciones.

En las cafeterías nocturnas o de invierno
hablamos del periódico, del mundo
y apenas me pronuncio.

Las mesas van llenándose
de vasos, cucharillas, ceniceros,
instrumentos de ruido de una orquesta
que acompaña mentiras y palabras gastadas.

No debo ser de aquí –estoy pensando-
y ya pronto tendré que buscar otro pueblo.
Qué extraño: cuanto más creo que sé de la vida
y más fronteras cruzo, menos razones tengo y más silencios.

LA DUDA INDIGENTE

Me fui a una playa
cuando se atragantó mi vida y cuando
se derrumbaban mitos o el tiempo amenazaba
con crujir. En la playa casi nada sucede;
el equilibrio es tal que ni las olas...
Todo es horizontal. Nada puede caerse,
pero, además, funciona.
Serenos, sé
(por eso y porque el aire horizontal me calma el ánimo)
que yo no moriré en ninguna playa.
Esto es así.

Y he llegado también a la certeza
de que no moriré mientras dure la noche:
la luna o algo así
me inyecta la materia de la vida
y cualquier cosa quiero
menos dormir
ni, muchísimo menos, digo, morirme.

De todas formas
(y esta es la parte triste del poema),
en cuanto el sol se pone
me alejo lo que puedo de las costas.

HISTORIA MANIPULADA

No conocí la antigua catedral
hasta aquel viernes sombrío.
Miraba
el retablo expoliado, las tallas carcomidas,
un espacio que el tiempo había hecho aséptico.
Entonces, el crujido de una puerta y un aire
helado de la calle
-como una guillotina- que traía
breves notas de sándalo –acaso de un perfume-
que aun hoy reconozco en ciertas plazas.
Oí pasos delgados, extranjeros,
y me volví a mirarte:
a pesar del frío y el atuendo
tenías la elegancia
de las banderas nórdicas.
Intervine preciso, acorde más o menos;
detuvimos la vista en ciertas tablas oscuras,
entendimos.

Al salir, la intemperie se mostró
con toda autoridad.

Luego unas escaleras, el vapor
de aquel apartamento de alfombras
y muebles que exhibían
objetos singulares, como si
perteneccieran todos a un catálogo.

Una sonrisa rubia flotó sobre las tazas.
Desde el balcón quisiste enseñarme las colinas:
señalabas –como un descubridor-
con manos de gaviota, manos que
unas horas después
temblaron como enjambres un segundo.

El invierno acabó. Como otras veces,
un taxi al aeropuerto fue el final.

Hubo otras cosas (celos, desacuerdos...
que sólo entenderán
los que hayan sido alguna vez humanos).
Sí, hubo otras cosas
que ahora me permito
excluir para siempre de la escena.

PALABRAS PARA LA LLUVIA

Apenas quedan cosas por hacer;
me he dado cuenta hoy,
que llueve sin parar desde temprano
y un olor como a hierbas
ha entrado en la oficina:
el abuelo silbaba como siempre
después del desayuno,
y de eso hace ya más de quince años.

He vivido una vida
que acaba en Khan Sahn Road probablemente
y apenas queda nada por hacer.
Volví hace cuatro meses de Beirut
y vivo, desde entonces, hacia dentro
esperando tal vez
un parto que me arroje frente al lago;
la clave de esta edad que ya agoniza
y quiere reencarnarse.

Debo permanecer en la oficina,
evitar el alcohol y las sorpresas,
mirar cuanto acontezca,
decir nada de nada.

En el olor a hierbas de la lluvia,
si puedo, describir algún secreto
y esperar la respuesta.

Este *Cuaderno de Indigencias*, de José Ángel Cadelo,
se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Impresur, S.L. de Algeciras,
el día 30 de abril de 2002, festividad de Santa Sofía,
madre de las Santas Fe, Esperanza y Caridad, mártires (137 d.C.)



JOSÉ ÁNGEL CADELO (Algeciras, 1969) comienza a poetizar en Granada en 1988, ciudad en la que cursó Derecho y entabló amistad con algunos de los poetas más reconocidos de la corriente figurativa. Publica entonces, en colaboración con Ángel Esteban, *Ático en París* (Granada, 1993).

Se traslada a trabajar a México ese mismo año, donde imparte clases de Literatura en el Instituto Real de San Luis y conferencias en algunas universidades americanas. Interesado por los viajes a tierras lejanas, recorre más de cincuenta países de los cinco continentes participando con becas en congresos sobre Literatura Hispanoamericana o realizando trabajos de investigación sociológica que publica en medios de ámbito nacional. Los viajes influyen lateralmente en su poesía y dan pie a una novela que está a punto de concluir sobre la vida de un comercial de esmaltes.

Ha prologado dos manuales de texto universitarios. Es autor del ensayo *Miguel d'Ors y los bachilleres del siglo XXI* (Pamplona, 1995) y el poemario *Sombras, elementos* (Cádiz, 1998). El Aula de Literatura José Cadalso, que ya contó con sus textos en *Jóvenes poetas del Campo de Gibraltar* (San Roque, 1999) le publicó *Indigencias* (San Roque, 2000). Sus trabajos más destacados han sido antologados en *Cónclave de Náufragos* (Cádiz, 2000) y *11 inicial* (Cádiz, 2002). Aunque el suplemento de creación literaria *Almoraima* ha recogido sus poemas en diferentes números, este es su primer libro publicado en Algeciras. Cadelo es miembro del Instituto de Estudios Campogibraltares y de la Sociedad Geográfica Española.

*Esta publicación del Instituto de Estudios
Campogibraltares está patrocinada por*

 **CEPSA** '2002
Cultural



MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS
DEL CAMPO DE GIBRALTAR